

POSMODERNIDAD, RELATOS Y NARRATIVAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA¹

Postmodernity, stories and narratives in times of pandemic

Eduardo Corrales Moreno

Profesor de Geografía e Historia en el IES Antares (Rivas-Vaciamadrid)
eduardo_corrales@hotmail.com

RESUMEN

La crisis catalizada por la pandemia de covid19 desatada en 2020 ha puesto de permanente actualidad la relación que establecemos con el mundo digital. Ha sido especialmente relevante la experiencia de toda la comunidad educativa — significativamente para alumnos y docentes— con las clases telemáticas y los recursos digitales. Esta digitalización masiva y vertiginosa de la sociedad está instaurando una serie de mantras sobre la percepción de la realidad y su forma de contarla, que altera todos los ámbitos de la vida, empezando por el educativo. Tiempos de posmodernidad y narrativas que afectan a una comprensión objetiva del mundo y proponen nuevos problemas y retos que afrontar en las aulas.

PALABRAS CLAVE: COMUNICACIÓN; RELATO; POSMODERNIDAD; MUNDO DIGITAL; EDUCACIÓN;

ABSTRACT

The crisis catalyzed by the covid19 pandemic unleashed in 2020 has made the relationship we establish with the digital world permanently topical. The experience of the entire educational community —significantly for students and teachers— with online classes and digital resources has been especially relevant. This massive and dizzying digitalization of society is establishing a series of mantras about the perception of reality and the way it is told, which alters all areas of life, starting with education. Postmodern times and narratives that affect an objective understanding of the world and propose new problems and challenges to be faced in the classroom.

KEYWORDS: COMMUNICATION; STORY; POST-MODERNITY; DIGITAL WORLD; EDUCATION;

¹ Conferencia pronunciada el 19 de noviembre de 2020, en el marco de las jornadas “Educación en tiempos de digitalización y pandemia” del Centro del Profesorado de Córdoba

Fecha de recepción del artículo: 20/01/2021

Fecha de Aceptación: 19/03/2021

Citar artículo: CORRALES MORENO, E. (2021). Posmodernidad, relatos y narrativas en tiempos de pandemia. *eco. Revista Digital de Educación y Formación del profesorado*. nº 18, CEP de Córdoba.

No sé en Córdoba, pero la tarde en Madrid está cayendo de una manera preciosa, y estar observando una pantalla en lugar de mirando por la ventana es casi un delito íntimo. Imagino que la tarde en Córdoba no será muy diferente de la de Madrid, al menos en la competición que a belleza se refiere. Así pues, muchas gracias por estar ahí.

Si comienzo hablando de la tarde, en esta charla que va, aparentemente, sobre tantas cosas, no es por casualidad. He elegido situar el primer punto de mi atención en lo que está ahí, lo que, en este momento, ni yo ni ustedes pueden ver. En mi caso, hablo sentado a una mesa, con un escueto fondo detrás, en el que se distingue no mucho más que una puerta de madera. Así de simple es lo que me rodea, o al menos lo que ven que me rodea. No es a propósito. Me hubiera encantado para la ocasión que a mi espalda me protegiera una enorme y nutrida biblioteca, porque, para ser sinceros, viste más. Queda mejor. La casa se vería más hermosa y yo, tal vez, parecería más inteligente, o como poco más instruido. Y esto me hace pensar en un hecho curioso: en los últimos meses, las conexiones televisivas en directo, las videollamadas con conocidos o el teletrabajo han disparado la venta de fondos ficticios. Parece un chiste, pero es real. Amazon dispone de fondos de cartón que, por un módico precio, permiten fingir que contamos con un despacho lleno de libros, por ejemplo. Yo no he comprado uno de estos artilugios, pero lo cierto es que ahora mismo tampoco

tengo librería a disposición. ¿Pueden creer que, entre otras preocupaciones, me ha venido asaltando estos días la amargura de no poder enseñar hoy, para esta charla, mi biblioteca? Ofrecería un magnífico fondo a través de la pantalla. Y me haría sentir como más abrigado.

Lo que mi biblioteca personal proyecta sobre mi imagen tiene poder únicamente en mi interior, y queda reducido a una vergüenza propia que ahora les confieso. Sin embargo, la cuestión de lo que proyectamos, de la imagen, de la realidad que nos rodea y del relato de lo que podemos y no podemos ver, se nos ha colado a todos hasta el tuétano en los últimos tiempos. Y la cosa, por supuesto, empezó mucho antes de que llegara el coronavirus.

Voy a intentar poner algunos ejemplos de todo esto: de cómo nos relacionamos con la realidad, con su relato, cómo nos vemos y proyectamos a través de las pantallas, lo que percibimos a través de éstas. Y, ante todo, ejemplos que nos sirvan para tratar de entender algo mejor las nuevas situaciones que vivimos como docentes, ahora que tantos mantras digitales de tantos gurús educativos se están pudiendo contrastar con una realidad más exigente que el público de charlas TED. Y bueno, que así podamos reflexionar sobre conceptos como los que dan título a esta charla.

Como digo, aparentemente, parece que vamos hablar de muchas cosas. Y yo no puedo abordar esta exposición más que como un neófito en la mayor parte de sus aspectos. Como un mero iniciado al que intrigan algunos resortes de la realidad y de cómo esta es contada. Es decir, puedo aportar algo como profesor. Porque, a fin de cuentas, eso es lo que soy, profesor de geografía e historia en un instituto público de Madrid. Y mi ocupación es enseñarles a adolescentes algo sobre por qué el mundo es como es. Así pues, no será esta

la charla de ningún experto. A buen seguro, cualquiera de los presentes conocerá estos temas tanto o mejor que yo. Precisamente como docentes también, saben que, independientemente de la materia que impartamos, no hay mayor reto que el de tratar de vincular los contenidos que damos con la realidad de nuestros alumnos.

Y digo que no hay reto más complicado porque, nuestros queridos alumnos, desde primaria a bachillerato, tal y como nos pasó a nosotros, viven en ese extraño y fascinante mundo llamado infancia, o en esa lejana galaxia llamada adolescencia. La infancia y la adolescencia son universos aparte. En ellos las cosas pueden ser maravillosas o terribles, ambas cosas a la vez, incluso. Y por esa ambivalencia, el mayor peligro al que nosotros hacemos tiene un nombre. Unas palabras que debería escribirse en mayúsculas, en cada aula, junto a la palabra PROHIBIDO, y esa palabra es: RELATIVISMO.

PROHIBIDO EL RELATIVISMO. Dicen que eso de prohibir y ser taxativo está muy mal. Que no es pedagógico. Pero, honestamente, qué maravillosas serían muchas clases si tuviéramos ese cartel, no me digan.

Los términos que dan título a nuestra charla —posmodernidad, relatos, narrativas— son amplios, tienen muchos significados. Su propósito es el de presentar con una pátina de mínima seriedad divulgativa un tema mucho más sencillo de nombrar: la vieja batalla entre realidad y ficción. Y por eso me gustaría comenzar hablando de alguien que sí fue un verdadero experto en la materia: Orson Welles.

En la noche del 30 de octubre de 1938, víspera de Halloween, el joven Orson Welles ponía en antena una muy realista adaptación radiofónica de *La guerra de los mundos*, la novela de H.G. Wells. El programa, como es sabido,

supuso una conmoción en la sociedad estadounidense, que creyó que los marcianos realmente les estaban invadiendo. Muchos años después, en la que sería su última película, Orson Welles recordaba aquello. Y lo hacía porque en esta su última película, una suerte de híbrido entre documental y ficción, titulado *F for Fake* (en España se estrenó como *Fraude*) iba a reflexionar —abro comillas— “sobre la trampa, el fraude, sobre las mentiras”. Estas eran las palabras con las que arrancaba Welles su último film, que después de todo no fue el último (pues acabó por editarse póstumamente un film suyo que Orson nunca pudo dar por terminado).

Volviendo a la invasión extraterrestre... Antes y durante la dramatización radiofónica de *La guerra de los mundos*, Welles advertía que aquello no estaba ocurriendo realmente, que era todo ficción. Sin embargo, muchos de los oyentes que se incorporaron sin escuchar dichas advertencias, llegaron a tomar la ficción por realidad. La verosimilitud periodística del formato y la credulidad (todo hay que decirlo) de gran parte de la sociedad estadounidense, obraron la hecatombe.

La anécdota sirve para hacer multitud de analogías. Por comenzar con alguna, podemos decir que la comunicación política de nuestros días se basa en la máxima de que lo importante no es la veracidad del contenido, sino la credibilidad que proyecte la forma en que se transmita. Los grandes medios de comunicación juegan un papel esencial ahí, por supuesto. El éxito y la capacidad viral de lo que hoy llamamos *fake news* reside en la calidad del formato: cuanto más confiable, atractivo y respetable sea el recipiente, más tranquilos consumiremos la pócima. El problema es que la pócima, a menudo, es lejía, e injerirla nos mata. Si cualquier iluminado nos dice por la calle que beber lejía nos salvará de un virus, no le haríamos caso. Si lo dice por la tele el Presidente de

los Estados Unidos, sucede que más de un insensato le pega un trago al bote que tiene debajo del fregadero, para matar al virus o por si vienen los marcianos.

La tensión entre ficción y realidad ha sido una de las grandes controversias en la literatura del último siglo. Generalmente, la diatriba se ha resuelto muy diplomáticamente, porque al final siempre está claro que la ficción no tiene por qué oponerse a la realidad, que puede ser un ropaje estilístico, e incluso que puede contar una verdad. Algo parecido ya lo dijo Picasso sobre el arte, que es una mentira que nos acerca a la verdad. El avance narrativo y artístico en torno a esta lucha de aparentes contrarios no ha tenido correlación en otros campos. Y volvemos, de nuevo, a la política. En esta esfera, la realidad y la ficción siempre han estado enfrentadas. No puede ser de otra manera. La ficción, en política, al contrario que en el arte, sirve siempre para ocultar o tergiversar la realidad. Se convierte en mentira, simple y llanamente, sin acercarnos a ninguna verdad. A esto lo han llamado: el RELATO. Y no, lo lamento, pero no volvemos a la literatura, seguimos en la mentira a secas.

En términos no ya de comunicación política, sino de política en todo su alcance, vivimos los tiempos del relato. Ay de nosotros. Este eufemismo de la mentira ha cobrado una significación asombrosa. Lo condiciona todo. En una sociedad cada vez más explotada y arrollada por la vorágine de subsistencia que supone el capitalismo, es complicado no verse vapuleado por el maremoto constante de informaciones oficiales, desmentidos officiosos, estados de opinión, tendencias culturales y chismorreos sobre el futuro del mundo. En estas aguas revueltas y tumultuosas de desinformación, ya se sabe, ganancia de pescadores. Resulta casi imposible dar con un comunicado oficial, del gobierno que sea (central o autonómico, si nos restringimos a España), que coincida con lo que

luego se imprime en los boletines oficiales, menos aún con las expectativas, significado y alcance inicialmente dados por hechos consumados. Igual de difícil que encontrar una pieza periodística que no incurra en algún tipo de desinformación interesada.

Todos conocemos las mil veces citadas tácticas de propaganda de Goebbles. No nos detendremos en ese lugar común, porque resulta más interesante poner de manifiesto la modernización de la comunicación política actual. Es habitual la modificación del contenido de una determinada información en una cadena que va de la filtración periodística a la publicación oficial. Se recurre indiscriminadamente a la sobresaturación de mensajes, a fin de producir un ensordecimiento por voces simultáneas. Y lo que resulta ya un clásico de nuestra época, la perversión del lenguaje, mediante el recurso a eufemismos y a inferencias positivas o tergiversaciones de determinados conceptos: daño colateral, intervención humanitaria, impuesto verde...

Es terrible, pero parece que los hechos ya no importan. Lo que importa es cómo se cuentan, o cómo se inventan. No digamos ya cuando, en lugar de hechos, lo que se relata son pretensiones. Si lo ocurrido se cambia a su antojo en la ficción política, imaginen las reservas que pueden guardarse sobre algo que aún queda en el futuro. En definitiva: se ha naturalizado la mentira. Y en este ahora lo que prima es quién miente mejor, es decir, quién hace prevalecer su relato como el más verosímil y aceptable. Lo trágico es que cuando los relatos dicen su última palabra, la realidad sigue allí. Y nosotros lo que tratamos de hacer entender a nuestros alumnos es la realidad. Por desgracia, en política estamos acostumbrados a estas cosas. Ya nada nos sorprende. Y tal vez por eso es triste

que cada vez nos sorprenda menos encontrarnos esta vuelta de tuerca en las aulas.

¿Qué profesor no ha tenido que defender el sentido de una corrección en un examen, luchando contra reducciones al absurdo? ¿Quién de nosotros no ha tenido que reclamar la literalidad de un determinado enunciado como única vía para dirimir la respuesta correcta? ¿Quién no ha visto cuestionados los principios más elementales de credibilidad y fiabilidad de lo explicado? En los alumnos es habitual la reducción al absurdo en sus dudas, el uso de condicionales imposibles, forzar la verosimilitud. ¿Y si el Tigris y el Éufrates se hubieran secado? ¿Y si los libros desaparecieran de repente? ¿Y si Cervantes no hubiera nacido? En muchos casos plantean conjeturas y situaciones divertidas, incluso interesantes. El cuestionamiento crítico e imaginativo de la realidad es, por supuesto, saludable. Está en la base de nuestro progreso como especie. Sin embargo, los condicionales y el cuestionamiento al que cada vez más se tiende en la sociedad actual, y que se refleja en las aulas, es aquel que tiene que ver con un relativismo moral que, bajo una justificación falaz de libertad individual o de conciencia, entraña verdaderos problemas éticos y de convivencia.

¿Y si las guerras o el hambre no son malos? Si mucha gente muere, así hay más recursos para el resto. Si hay guerra, también hay puestos de trabajo para hacer armamento. ¿Y si la pandemia es mejor que la contaminación? Como en confinamiento nadie coge el coche, no se contamina, se enferma menos de cáncer de pulmón, y encima no hay accidentes en la carretera. Quizás sea buena una pandemia de vez en cuando. ¿Y si el virus no existe? ¿Y si la Tierra es plana? En definitiva, ¿quién no se ha enfrentado a preguntas de este tipo alguna vez en el aula? Es el relativismo, como digo, falaz, y peligrosísimo del “todo tiene

su reverso”. El relativismo de la equidistancia, de las dos o más versiones de un mismo hecho como supuesto enfoque objetivo, de la indiferencia entre el bien y el mal.

Bajo mi punto de vista, este cuestionamiento de hechos objetivos y consumados, que transita desde posiciones anticientíficas hasta la pérdida de autoridad integral del docente, asienta sus raíces en la consumación de paradigmas discursivos que han permeado todos los órdenes de la vida en sociedad. El cuestionamiento y la modificación a antojo de la realidad en el relato del día a día es lo que sienta las bases de una juventud tan descreída como crédula, por paradójico que pueda resultar.

Pero bueno, una pausa a todo esto, que nos hemos puesto un tanto sombríos. Pasemos a contar otra historia dentro de esta historia. Otro acercamiento a por qué el mundo es tan confuso, y en consecuencia, también a menudo lo son nuestras aulas.

Quisiera hablarles ahora de un caso que seguramente conozcan. Debemos viajar a la Universidad de Yale, al año 1961. Allí, Stanley Milgram, psicólogo de dicha Universidad, puso en marcha un experimento que suscitó gran controversia, tanto en el ámbito académico —donde fue a menudo cuestionado científica y éticamente— como en el de la opinión pública —por el efectismo de su naturaleza y resultado.

El experimento partía de una mentira publicitaria: se solicitaban voluntarios para participar en un ejercicio que se presentaba como parte de una investigación sobre la memoria y el aprendizaje. Los escogidos —que cobrarían 4 dólares, el equivalente aproximado a una jornada de trabajo— debían ser varones de entre 20 y 50 años. El ejercicio consistía en la asunción de dos roles

por parte de los participantes: el de “maestro” y el de “alumno”. El “maestro” debía recitar una serie de datos al “alumno”, que éste tenía que memorizar, para después responder preguntas sobre los mismos. Si el “alumno” no contestaba de manera correcta a alguna pregunta, recibiría, por parte del “maestro”. A cada nuevo error, la descarga aumentaba su voltaje.

No se alarmen, o al menos no de momento. Nadie sufría realmente descargas. El experimento no versaba sobre la memoria y el aprendizaje condicionados por castigos físicos. Los temas que Stanley Milgram quería realmente estudiar eran la obediencia y el poder de una autoridad ante la conciencia individual. Milgram había ideado una farsa escénica que hacía perfectamente creíble la situación para los voluntarios que habían acudido a la prestigiosa Universidad de Yale.

Cada sujeto conocía a su compañero en las mismas dependencias universitarias donde iba a efectuarse el experimento. En un primer momento, se les explicaba la naturaleza de lo que procedía y se sorteaban los roles. Todo estaba bajo control de Milgram. Uno de los sujetos no era en realidad un voluntario, sino un actor que el psicólogo había contratado. El actor siempre habría de desempeñar el rol de “alumno”. El sorteo, por supuesto, estaba trucado; en las dos papeletas que se daban a elegir ponía la palabra “maestro”, para que el compinche de Milgram solo tuviera que fingir haber recibido en gracia la fatal papeleta del “alumno”. Reforzando la verosimilitud de la situación, antes de comenzar con el experimento en sí, a ambos sujetos se les daba una pequeña descarga eléctrica, esta sí, real—15 voltios—, supuestamente para que el “maestro” tuviera conocimiento del dolor en aumento que infligiría en su “alumno” cuando éste fallara una respuesta.

A continuación, al “alumno” se le sentaba en un silla y se le colocaba una pulsera en la muñeca, por donde supuestamente recibiría las descargas. Para evitar movimientos bruscos, se le sujetaban los brazos a la silla. Después de ello, el “maestro” y el director del experimento pasaban a otra sala, desde donde habrían de comunicarse con el “alumno”, y donde se encontraba la máquina que dispensaba las descargas, lista para que el “maestro” la accionara. El límite de descarga que la máquina indicaba era de 450 voltios.

Con los primeros errores del “alumno”, el “maestro” escuchaba los gritos y retorcimientos de dolor. Recordemos: no eran reales, nadie estaba sufriendo descargas al otro lado de la habitación. De esta manera, con cada descarga seguía una grabación de alaridos y súplicas de poner fin al experimento. Cuando el “maestro” albergaba algún tipo de duda o esgrimía que no quería seguir, el director científico que se limitaba a indicarle fríamente: “Continúe, por favor”. Ante segundas dudas o negativas, al “maestro” se le espetaba secamente: “El experimento requiere que continúe”. Si el “maestro” insistía en su disconformidad o insumisión a continuar por tercera vez, se le decía: “Debe continuar. No tiene otra opción”. Si pese a ello el sujeto se negaba a hacerlo, el experimento finalizaba.

El objetivo que perseguía Milgram estaba movido por el análisis de la conducta humana en situaciones de cierta complejidad ética o moral, como el acatamiento de órdenes con las que se está en desacuerdo personal. El planteamiento se arraigaba en los dilemas que planteaban los juicios, entonces de actualidad, a mandos y subordinados nazis. De especial relevancia se encontraba el caso del alto mando de las SS, Adolf Eichmann, condenado como responsable de las deportaciones a los campos de concentración de cientos de

miles de personas. El genocidio nazi planteaba y sigue planteando múltiples interrogantes sobre la conducta humana, particularmente sobre la aquiescencia o la colaboración de millones de ciudadanos alemanes con el régimen nacional-socialista. La excepcional novela *El lector*, de Bernard Schlink, versa con tristeza sobre este complejo tema. Bien, pues en este ambiente de debate, Stanley Milgram se propuso investigar sobre el poder de la autoridad y los mecanismos que los individuos ponen en marcha a la hora de llevar a cabo una acción que supone contradicciones internas.

El resultado del experimento fue impactante. El 65% de los “maestros” llegó a descargar el castigo de voltaje máximo sobre los “alumnos”, a pesar de mostrarse reacios a hacerlo. Ninguno de los sujetos observados se negó a continuar antes de haber alcanzado los 300 voltios de descarga.

¿Determinaba el experimento algo concreto sobre una bondad o maldad humana innatas? De ninguna manera. El experimento, más bien, ponía de manifiesto la enorme capacidad de influencia de la ingeniería social. Las propias formas de dominación ideológica practicadas en la Alemania nazi habían abierto ese campo. En el mundo dominado por el capitalismo de nuestros días, convulsionado por guerras, pandemia y todo tipo de crisis, el fenómeno no ha hecho más que crecer.

Para entender bien la capacidad de influencia de la narrativa institucional y su poder de subyugación, nos sirve otro ejemplo de mediados del siglo XX. En este caso, me permitirán que les cite algunos párrafos escritos en 1953 por el entonces director de la CIA, Allan Dulles. Aparecen en su libro *El Arte de la Inteligencia*. Dicen así:

“Los Estados Unidos poseen el 50% de la riqueza del mundo, pero sólo el 6% de su población... En tales condiciones, es imposible evitar que la gente nos envidie. Nuestra auténtica tarea consiste en mantener esta posición de disparidad sin detrimento de nuestra seguridad nacional. Para lograrlo, tendremos que desprendernos de sentimentalismos y tonterías. Hemos de dejarnos de objetivos vagos y poco realistas como los derechos humanos, la mejora de los niveles de vida y la democratización. [...]

Pronto llegará el día en que tendremos que funcionar con conceptos directos de poder. Cuantas menos bobadas idealistas dificulten nuestra tarea, mejor nos irá. [...]

Sembrando el caos en la Unión Soviética, sin que sea percibido, sustituiremos sus valores por otros falsos y les obligaremos a creer en ellos. [...]

De la literatura y el arte, por ejemplo, haremos desaparecer su carga social. Deshabitaremos a los artistas, les quitaremos las ganas de dedicarse al arte, a la investigación de los procesos que se desarrollan en el interior de la sociedad. La literatura, el cine y el teatro, deberán reflejar y enaltecer los más bajos sentimientos humanos. [...]

En la dirección del Estado, crearemos el caos y la confusión. De una manera imperceptible, pero activa y constante, propiciaremos el despotismo de los funcionarios, el soborno, la corrupción, la falta de principios. La honradez y la honestidad serán ridiculizadas como innecesarias y convertidas en un vestigio del pasado. El descaro, la insolencia, el engaño, la mentira, el alcoholismo, la drogadicción y el miedo irracional entre semejantes. [...]

Gracias a su diversificado sistema propagandístico, Estados Unidos debe imponerle su visión, estilo de vida e intereses particulares al resto del mundo, en

un contexto internacional donde nuestras grandes corporaciones transnacionales contarán siempre con el despliegue inmediato de las fuerzas armadas. [...]

La traición, el nacionalismo, la enemistad entre los pueblos, todo esto es lo que vamos a cultivar hábilmente hasta que reviente como el capullo de una flor. [...]

Sólo unos pocos acertarán a sospechar e incluso a comprender lo que realmente sucede. Pero a esa gente la situaremos en una posición de indefensión, ridiculizándolos, encontrando la manera de calumniarles, desacreditarles y señalarles como desechos de la sociedad. Haremos parecer chabacanos los fundamentos de la moralidad, destruyéndolos. [...]

Debemos lograr que los agredidos nos reciban con los brazos abiertos, estamos hablando de ciencia, de una ciencia para ganar en un nuevo escenario la mente de los hombres. Antes que los portaaviones y los misiles, llegan los símbolos, los que venderemos como universales, glamurosos, modernos, heraldos de la eterna juventud y la felicidad ilimitada. [...]

El objetivo final de la estrategia a escala planetaria es derrotar en el terreno de las ideas las alternativas a nuestro dominio, mediante el deslumbramiento y la persuasión, la manipulación del inconsciente, la usurpación del imaginario colectivo y la recolonización de las utopías redentoras y libertarias, para lograr un producto paradójico e inquietante: que las víctimas lleguen a comprender y compartir la lógica de sus verdugos”.

No sé si la muestra es lo suficientemente elocuente. Presiento que sí.

Leídas casi setenta años después, las palabras de Dulles pierden su tono maquiavélico y casi alucinado, y asombran en su calculado cumplimiento. Lo que Milgram constataba en su experimento no era sino el triunfo de un sistema que hacía reales los planteamientos más ambiciosos y radicales de ingeniería social.

Tomemos ahora un ejemplo más reciente de cómo la realidad lucha denodadamente con la ficción en nuestro tiempo, disputándose el terreno de la verosimilitud.

El 2 de mayo de 2011 el mundo despertaba con una noticia que eclipsaba cualquier otra: cuerpos especiales del ejército de los EEUU habían dado muerte y captura a Osama Bin Laden. La operación militar, dirigida y presenciada remotamente por Barack Obama y un gabinete específico desde Washington, había concluido con el traslado a Afganistán del cuerpo —caído presuntamente en combate— del líder de Al Qaeda. Se le había practicado una veloz autopsia para confirmar su identidad, y se procedió con la misma celeridad a enterrarlo en el mar. No hubo fotos ni vídeos de lo sucedido. La comparecencia pública del presidente de los Estados Unidos dando cuenta de la noticia y una fotografía del gabinete estadounidense siguiendo la operación fueron toda fuente y muestra de tal hecho noticioso.

Miles de millones de personas en el mundo, ojipláticos ante la televisión, trataban de digerir la impactante noticia y su rocambolesca historia. De ser una película, hasta los menos avezados espectadores hubieran criticado la inverosimilitud de la trama narrada, hubieran dicho “¡esto no hay quien se lo crea!” y apagado el televisor. Sin embargo, no era un cuento de ficción, sino el relato —presentado como real— de un muy significado hecho histórico. Resultaba increíble, pero así quedó. Se creyó, o se condescendió con la

falsedad. A fin de cuentas, qué hacer, qué diferencia a efectos prácticos había entre creer o no creer aquella versión para una persona de a pie.

Desde aquel 2 de mayo de 2011 se han prodigado multitud de teorías sobre el final de Bin Laden y se ha cuestionado la versión —más bien versiones— del gobierno estadounidense. Nada ha podido vencer el muro de la marginalidad. Todo se preparó no para asumir la certeza de una versión oficial, sino para acatar la versión oficial incluso aunque se juzgue, personalmente, falsa. ¿Se ha convertido el mundo de nuestros días en un enorme experimento sobre millones de “maestros” de Milgram? ¿Está probando alguien hasta qué punto estamos dispuestos a confrontar la realidad con ficciones comunicativas?

Como ven, seguimos en esta encrucijada entre la realidad, que pretendemos mostrar y enseñar a comprender a nuestros alumnos, y las ficciones que la ocultan o tergiversan. Si a menudo es complicado para los adultos discernir el camino correcto entre una y otras, imagínense para un niño o para un adolescente.

En este sentido, ¿hay algo más de actualidad en comunicación que las *fake news*? Seguro que todos nos creemos lo bastante audaces como para identificar una de estas noticias falsas. Ciertamente, las hay burdas, fáciles de ver. Pero también las tenemos verdaderamente elaboradas, productos casi de artesanía tan perfectos en su acabado engañoso, que cuestionan todo el relato de nuestros tiempos, o de tiempos pasados, aunque de esto segundo ya nos ocuparemos un poco más adelante.

Sin necesidad de irnos muy lejos, tengo un par de ejemplos recientes, pero no de noticias falsas (de este tipo podríamos hallar decenas en apenas cinco minutos, sin exagerar; no habría más que entrar en las cabeceras digitales

de ciertos tertulianos televisivos para que lo complicado sea encontrar una noticia más cierta que falseada o inventada). Los ejemplos que traigo son de piezas sobre las *fake news*. Ambas noticias fueron publicadas el 12 de noviembre de 2020, una en El País, y otra en elDiario.es. Veámoslas.

La pieza publicada por El País se titula: *Los vídeos falsos hiperrealistas devuelven a la pantalla a personajes fallecidos: así es ser un actor de 'deepfakes'*. La firma la periodista Victoria S. Nadal. Es una pieza breve, casi de click curioso, pero interesante. Nos cuenta cómo un grupo de científicos del MIT, valiéndose de varios sistemas de inteligencia artificial que unen imágenes de video de archivo con grabaciones actuales, pueden configurar un nuevo video en el que puede verse, por ejemplo, a Richard Nixon dirigiéndose a los ciudadanos estadounidenses para informarles del fracaso de la llegada a la Luna. El video, que puede verse en internet, ofrece un resultado espeluznante, por lo que tiene de realista, de hiperrealista, como bien lo califica la periodista de El País. Lo que se ve es tal cual al mismísimo Richard Nixon pronunciando un discurso que nunca pronunció. Por lo visto, a esta práctica le han dado el nombre de *deepfake* y se está generando toda una pequeña industria de actores, directores y técnicos especializados en la grabación de estas secuencias hiperrealistas con personajes históricos, o con celebridades actuales.

La pieza publicada el mismo día en elDiario.es por la periodista Olga Rodríguez tiene como título: *Un documental muestra con archivos inéditos 'fake news' del franquismo que aún perduran*. Como ven, el término está de rabiosa actualidad. El artículo versa casi exclusivamente sobre la conocida relación de Miguel de Unamuno con el golpe de Estado del 36 y el franquismo incipiente. El documental del que habla el artículo mantiene la tesis de que los militares

sublevados utilizaron en su beneficio propagandístico la figura de Unamuno, desvirtuando su pensamiento, sus posiciones político-ideológicas, y ocultando datos sobre sus últimos días de vida. Por lo visto, el documental lanza la sospecha de que Unamuno pudo ser incluso asesinado. Y pone en duda algunos hechos refrendados por diferentes fuentes, como el de la donación económica de Unamuno a los militares golpistas. Quizás el documental pretenda salvar la figura de Unamuno, quién sabe, yo no lo he visto aún. No sé si lo hace ni si lo consigue. En cualquier caso, todo son conjeturas y lo que realmente resulta interesante es que la modificación de la realidad para adaptarla al relato deseado ha contado desde siempre con narrativas más o menos complejas, y eficientes.

La reflexión que debería acompañar a esto, especialmente para historiadores y para quienes nos dedicamos a enseñar historia, quizás deba ser sobre el poder de las fuentes.

Todos los libros de texto que yo conozco, de todos los niveles de ESO y Bachillerato, suelen abrir con un tema cero o introductorio en el que se le explica al alumno, una vez más, qué son las fuentes históricas, cuál es su tipología, para qué sirven, etc. ¿Ha llegado el momento de revisar esos apartados con un acercamiento crítico que les ayude a comprender a nuestros alumnos cómo se escribe la historia? ¿Qué riesgos han existido siempre en su interpretación y cuáles están más agudizados que nunca?

Me temo que habrá que compadecerse de los historiadores del futuro que estudien nuestra época. Pero antes de eso, habrá que compadecerse de la gente de nuestra época, que recibimos un relato desvirtuado de la misma. Gentes que, en muchas ocasiones y en el mejor de los casos, hemos de conformarnos con ser conscientes de que nos están engañando, aunque no sepamos cuál es la

verdad. ¿Habremos de darnos por satisfechos con saber, como Hamlet, que algo huele a podrido en Dinamarca? ¿Será suficiente esto para enseñarles a nuestros alumnos a comprender el mundo? Me temo que vamos a tener que hacer un esfuerzo enorme para que los estudiantes no caigan ni en la credulidad ciega, ni en el descreimiento absoluto.

Vivimos en un mundo raro, a fin de cuentas. Supongo que Platón se hubiera vuelto loco si comparase su caverna con la proyección de sombras de hoy en día. El solipsismo del desdichado Segismundo en *La vida es sueño* es poco más que una atribulada preocupación cuasi adolescente, comparado con el egocentrismo angustioso de las redes sociales, los auriculares y las sudaderas de enormes capuchas.

¿Vamos a ser capaces de romper, siquiera de luchar, contra estos paradigmas de la posmodernidad, signifique esto lo que signifique?

Seamos sinceros, todo conjura en nuestra contra.

Hace unas semanas, de nuevo en la prensa, me topaba con un artículo que me hizo pensar en los temas de esta charla. Tenía que ver con el novelista francés Emmanuel Carrere. Lo firmaba en El País el periodista Marc Bassets. Su título era elocuente: *Emmanuele Carrere, la venganza de la realidad*. Informaba sobre un contencioso, por lo visto muy polémico en el país galo, que rodea al autor. Su exmujer le ha denunciado por convertirla en personaje de uno de sus libros sin su permiso. Carrere lleva 20 años haciéndose célebre (y rico) cultivando el género de la autoficción, o algo similar a la autoficción. No se sabe muy bien si la autoficción, tan en boga, es un género o poco más que un estilo literario. Opiniones hay para todos los gustos. En España son muy tenidos en cuenta los libros de Cercas, por ejemplo. En castellano, antes que él ya lo fue

ensayando, bajo alter egos, Roberto Bolaño y otros tantos. Hay un noruego que ha escrito seis libros gordísimos sobre la historia de su vida (los ha titulado *Milucha*, y ha vendido millones de ejemplares). El periodista y escritor estadounidense J.R. Moehringer le viene dando desde hace años una vuelta de tuerca al género del *roman a clef*, cubriendo con los ropajes de la ficción capítulos de su propia vida, con un gran pulso narrativo y una prosa excelente. Con diferentes suertes, todos hacen lo que se considera literatura de calidad, jugando consigo mismos convertidos en personajes. Bueno, el caso es que Carrere es de este equipo, venía haciendo estas cosas en sus libros, o algo parecido, hasta que se divorció de su mujer. El problema para el novelista llegó a partir de entonces: no tenía ya permiso para incorporar a su exesposa como personaje, así que lo que se le ocurrió fue incluir en su nuevo libro una cita antigua que habla de ella, extraída de un libro antiguo, escrito en la época en la que su esposa, además de persona real, también era personaje literario. Como ven, es todo muy confuso. Pónganse ahora los profesores de lengua y literatura a explicarles esto a sus alumnos. El tema, al menos, hay que reconocer que es fascinante, por escurridizo, como una carpa, una de esas carpas de verdad sobre las que Polonio contaba podían pescarse con un cebo de mentira. El autor del artículo de El País, Marc Bassets, concluye muy acertadamente que ese “es el riesgo de la literatura de lo real: que los personajes se rebelen”.

Pero si los profesores de literatura tienen un problema, ya no digamos los de historia. ¿Cuántos de nosotros no hemos escuchado en más de una ocasión que eso que nosotros estudiamos no es una ciencia? Cuando un alumno nos espeta esto, generalmente no lo hace con el propósito despectivo y denigrante con el que cargan su ignorancia los adultos. Los alumnos que cuestionan que el

estudio de la historia no tiene nada que ver con la ciencia es por simple identificación del término “ciencia” con algo objetivamente cierto, con algo demostrable, con algo incuestionablemente real. Y ahí viene nuestra tragedia. Una vez más, la dichosa exigencia de demostrar que en el mundo existen fenómenos sociales y leyes históricas perfectamente objetivos. Es como tener que demostrarse inocente. Nuevamente: el cuestionamiento de la realidad, tanto de la actual, como de la de los hechos pasados.

Entre historiadores, uno de los últimos grandes entretenimientos ha sido sobre el término “Reconquista”. Todos nosotros estudiamos la “Reconquista” como un fenómeno histórico incuestionable. De un tiempo a esta parte, por suerte, trabajos historiográficos diversos han concluido, con evidencias científicas del método, que el término “Reconquista”, con toda su R mayúscula, pero también sin ella, no es sino un mito que no se sostiene de ninguna manera como hecho histórico real. Ya el propio Ortega y Gasset decía no comprender cómo llamar reconquista a algo que dura ocho siglos. Sin embargo, la utilización política del término desde finales del XIX, machaconamente durante el franquismo, y recientemente por determinados partidos de la derecha y la ultraderecha, han puesto de nuevo el término en el centro del debate. Académicamente, éste está cerrado. Y, salvo que alguien se empeñe en demostrar su deficiencias historiográficas, no hay mucho que discutir, la conclusión es clara: la “Reconquista” no fue tal, no existió. Sin embargo, en el difuso terreno de la opinión pública y las percepciones colectivas, bueno... ahí está la invisible batalla de Covadonga para quien quiera creer en ella, o hacer creer en ella...

Lo más triste de todo esto es que en mi caso, por ejemplo, el libro de texto que mi grupo de 2º de la ESO utiliza, sigue apareciendo el término “Reconquista”. No mencionaré el nombre de la editorial. Y me temo que no es un caso aislado. Sobre el tema de las editoriales y de las ediciones de los libros de texto, al menos en lo que se refiere a la historia, también habría mucho que decir. A menudo les digo a mis alumnos, especialmente a los de 3º de la ESO, que con la edición del libro de Geografía que tienen (la última revisada es de hace un lustro) serán unos expertos en la geografía económica y política de 2015, y que es una pena que no puedan hacer el examen de hace cinco años, porque lo aprobarían sin problemas. Estudiando del libro para los exámenes de 2020, sin embargo, suspenderán dolorosamente. ¿Será que el mundo no ha cambiado en los últimos cinco años? ¿O será que no importa que lo haya hecho porque, a fin de cuentas, la realidad es tan relativa...? Tal vez la pandemia les anime a actualizar ediciones. Confiemos en que así sea.

En esto de la relatividad de las cosas del mundo, otro problema acuciante de nuestros días, de nuestras aulas, y potenciado en la confusión de la pandemia: ¿dónde encontrar la verdad?

Todos hemos visto a los tipos que piensan que el virus no existe, que la pandemia es una enorme farsa urdida para controlar nuestras mentes a través del 5G y conculcar nuestros más elementales derechos a demostrar en cualquier momento y lugar lo imbécil que podemos llegar a ser. Hace poco menos de un año, sólo unos días antes de que se detectaran los primeros casos de covid en España, fue noticia que un tipo había muerto por lanzarse en un cohete casero para tratar de demostrar que la Tierra es plana. Cualquiera hubiera podido lamentarse pensando que algo así es el hecho trágico y ridículo del signo de los

tiempos. Pero estaría equivocado. La cosa es aún peor. El signo de los tiempos es que tal hecho fuera noticia destacada en todos los medios.

Ya en plena era covid, en las páginas de El País, el periódico más leído de España, encontró hueco y un lugar destacado de su portada una extensa pieza, crónica y entrevista a tres negacionistas del virus. La pieza se titulaba: *Negacionismo con rostro*. A lo largo de cientos de palabras tres personas sin ninguna acreditación ni reputación científica vertían en el diario más leído en español una sarta de disparates que, si somos rigurosos, no pueden ni ser llamados teorías. Cabe preguntarse la responsabilidad social de ejercicios periodísticos como este. Si tienes un personaje relevante al que entrevistar, se le da el espacio que requiere. Si el personaje no es relevante, porque lo que dice no es cierto, ¿es un ejercicio de objetividad periodística y de información útil darle una tribuna pública de dicho alcance? García Márquez decía que no había oficio más hermoso que el de periodista. Bien hecho, como en muchos casos se hace, no me cabe la menor duda, debe ser una suerte poder dedicarse a ello. Es completamente necesario. Lo que a nadie se le escapa es también que, hoy día, ciertos marcos deontológicos en el sector son más que cuestionables. Se ha instalado, no sólo en la profesión, sino en el imaginario colectivo de la sociedad, que una manera fiable de informar con respecto a la realidad es la de ofrecer diversos puntos de vista sobre un mismo hecho o suceso. Sin embargo, cuando hay dos versiones diferentes de un mismo hecho, al menos una no puede ser cierta. ¿Se informa de una manera veraz y objetiva sobre algo sencillamente por dar voz a todas las partes? ¿O se trata más bien de dilucidar cuál de las partes lleva razón, (si es que alguna la lleva)? Descubrir la verdad de los hechos.

La equidistancia, la supuesta objetividad periodística no es más que otro mito. Pero es uno de los más potentes en su capacidad de persuasión, en su poder para abrir la puerta a la confusión y la mentira. Y es la consumación del éxito del relativismo. Instaurado ese paradigma de falsa ecuanimidad en nuestra sociedad, se complica el llevar certezas y un pensamiento crítico pero objetivo a las aulas, a las mentes de nuestros alumnos.

Viajemos, para ir acabando, hasta el presente, a este 2020 y la pandemia. Nos adentramos, quizás, en la que puede ser la edad de oro del relato. Y de sus funestas consecuencias en la percepción y relación con la realidad de nuestros jóvenes y de nosotros mismos. Si vamos a hablar de edad de oro es porque nunca fue tan importante la calidad del discurso, nunca se requirió tanta técnica para hacerle un quiebro detrás de otro a la realidad. El avance en este sentido es fabuloso, por ejemplo en lo que tiene que ver con la utilización del lenguaje. Hay ahí mucho que analizar. Fijémonos en la comunicación de todo aquello que tiene que ver con la pandemia. Y tomemos el caso de España, aunque bien podría ser el de cualquier otro país. Se ha probado de todo para maquillar y enfrentar la situación, desde el uso de un léxico bélico a la abstracción de la tragedia. La curva de contagios, por ejemplo: la curva cobró vida propia. ¿Se dieron cuenta? Las instituciones, secundadas por todos los grandes medios informativos, se refirieron a ella —en todas las olas— como si se tratara de un ser vivo, o un ser muerto, o algo más allá de nosotros en todo caso, un monstruo. Ha dejado de ser una consecuencia para adoptar personalidad de causa. La curva ya no es un reflejo cuantitativo de la tragedia, sino el mal en sí mismo. Es la forma última y amenazante que ha tomado el virus, convertido en gigante, en un demogorgon que devora cada día cientos de vidas. Vencer la curva. Doblegar

la curva. La curva, así presentada hasta la saciedad, ¿busca otra cosa que tratar de ocultar precisamente de dónde viene la curva? Parece que recurrir a una abstracción monstruosa sirviera para ocultar otros monstruos: la privatización de servicios públicos, las incompetencias institucionales, las contradicciones de un sistema económico que genera crisis y desigualdad de manera creciente.

En estos primeros meses de curso, muchos de nosotros, profesores, nos estamos enfrentado a una labor que tiene más de cuidados que de educación tal y como lo veníamos haciendo hasta ahora. Sabemos bien que lo que se espera de nosotros por parte de las instituciones de gobierno de las que dependemos, tiene poco que ver con cualquier labor pedagógica. A quienes estamos experimentando el “maravilloso” mundo de la semipresencialidad y la educación online, nos quieren proyectando no sólo nuestras sesiones de clase, sino fundamentalmente un relato que dista mucho de ser fiel a la realidad. Nos quieren trasladando un mensaje de normalidad (nueva normalidad, se decía en el verano) que es una mentira sobre lo que la comunidad educativa y la sociedad en su conjunto estamos viviendo. Nos quieren participando de la farsa del todo va a salir bien, (que ojalá), y ocultando que ya demasiadas cosas han salido mal, rematadamente mal. Y lo más peligroso es cuando aparecen los gurús de las bondades de la enseñanza digital, o las ministras que aseguran que el futuro de la educación pasa por Google, Vodafone y un puñado de bancos.

Hay que estar en el aula para ver que la clase presencial es insustituible, porque es real e igualatoria, porque no depende de filtros, ni de calidades de conexión. Porque es social, y no aísla al alumno.

Hay muchos problemas que vienen de lejos que la pandemia sólo está sacando a relucir, catalizando. E insisto, hay que estar en el aula para darse cuenta, y escuchar, por ejemplo, a alumnos que dicen que, cuando pase la pandemia, les gustaría seguir llevando mascarilla, porque se sienten más cómodos sin que les vean la cara. Así es la sociedad de hoy en día y el sistema que la sustenta, una sucesión de filtros, de narrativas, de disfraces y parapetos para ocultar la realidad de ciertas cosas, empezando por nosotros mismos.

Qué duda cabe de que la pandemia de covid19 ha cambiado el mundo. Va siendo urgente cambiarlo para bien, y no maquillarlo o proyectarlo como una adaptación confusa de lo que en verdad es. O intervenimos sobre la realidad, o estaremos perdidos en el mundo de las sombras. Y las aulas son, quizás, el primer campo de batalla.

Bibliografía

- Alonso González, M. (2019). Fake News: desinformación en la era de la sociedad de la información. *Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación*, 45, 29-52. <https://doi.org/10.12795/ambitos.2019.i45.03>
- Bassets, M. (2020, 4 octubre). *Emmanuel Carrere, la venganza de la realidad*. EL PAÍS. <https://elpais.com/internacional/2020-10-03/emmanuel-carrere-la-venganza-de-la-realidad.html>
- Bernabé, D. (2018). *La trampa de la diversidad: Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*. Ediciones Akal.

Corrales, F. (2020, 24 junio). *La novela de 'no-ficción' o cuando la literatura se disfraza de vida*. Drugstore Magazine. <http://drugstoremag.es/2020/03/la-novela-de-no-ficcion-o-cuando-la-literatura-se-disfraza-de-vida/>

El Diario. (2020, 13 noviembre). *Un documental muestra con archivos inéditos «fake news» del franquismo que aún perduran*. EIDiario.es. https://www.eldiario.es/sociedad/documental-muestra-archivos-ineditos-fake-news-franquismo-perduran_1_6403996.html

Magallón, E. (2019, 8 diciembre). *La Reconquista que no existió*. La Vanguardia. <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/20191208/472055743507/historia-y-vida-reconquista-al-andalus-historia-rae-don-pelayo-covadonga.html>

Nadal, V. M. S. (2020, 12 noviembre). *Los vídeos falsos hiperrealistas devuelven a la pantalla a personajes fallecidos: así es ser un actor de 'deepfakes'*. EL PAÍS RETINA. https://retina.elpais.com/retina/2020/11/12/innovacion/1605202094_598669.html

OCDE. (2020, septiembre). *The impact of COVID-19 on Education. Insights from Education at a Glance 2020*. <https://www.oecd.org/education/the-impact-of-covid-19-on-education-insights-education-at-a-glance-2020.pdf>